

El uso de la Biblia en la catequesis, según C. y J. Lagarde

JOSE ANGEL ARRIZABALAGA

«El realismo desemboca en el positivismo, porque limita la palabra a las estrechas dimensiones de lo real. Tal es en definitiva la reducción que opera el realismo religioso en el lenguaje cristiano y en la palabra que lo expresa.

Hay, por consiguiente, dos clases de palabras. Una, realista, abierta exclusivamente a lo real, y otra, simbólica, abierta a otra realidad, a otra dimensión del hombre, a Dios. La poesía viene a ser una muestra de las posibilidades de este lenguaje simbólico. Una y otra clase de palabras tienen su propio orden de verdad. La primera busca una adecuación entre el lenguaje y la realidad concreta, y se origina en la Edad Media con el nominalismo. La segunda «canta» el amor, el trabajo, la pena, la felicidad, la muerte, la resurrección; abre el espacio del sentido, que es a la vez orientación del hombre y realidad de Dios, y que no es solamente subjetivo, sino que incluye la subjetividad.

Para que la fe pueda decirse, para que Dios pueda ser proclamado, hagamos revivir esta segunda clase de palabras a través del lenguaje simbólico que nos ha sido transmitido. Rechacemos la subordinación del lenguaje a lo real. Liberemos la palabra poética. Abramos nuestro ser al sentido y a su realidad. Entonces, y sólo entonces, redescubriremos una posibili-

dad de identidad humana y cristiana. Entonces podremos sin dificultad hablar de Dios a los niños.

Si dejamos que los niños se embarquen exclusivamente en el realismo religioso, ¿podrán llegar a hablar de Dios? Si queremos que lleguen a ese nivel, hemos de educarlos desde su más tierna edad. Educar al niño a hablar de otra manera, a abrirse a la clase de palabras que pueden llevarle a hablar de Dios. Y para educarlo de este modo, hemos de empezar por llevar a cabo una rigurosa crítica de los métodos catequéticos actuales»¹.

Presentación

Claude y Jacqueline Lagarde es un matrimonio de catequistas francés que, desde hace muchos años, se ha dedicado a la catequesis y a los estudios bíblicos y religiosos plasmados en numerosos libros, algunos de ellos traducidos ya al castellano.

Convencidos de que el poder de la razón, la lógica y el positivismo ambiental propugnan un lenguaje y unas relaciones interpersonales planas, utilitaristas y competitivas que matan otras dimensiones de la persona (amor, amistad, felicidad, trascendencia...), proponen una alternativa en la catequesis que conduzca a los niños y niñas al acceso al lenguaje de la fe.

Este proceso, al que denominamos como *lenguaje religioso simbólico de inspiración bíblica*, pretende llevar a los niños y niñas que participan en la catequesis a la búsqueda del sentido religioso de los textos bíblicos. Etapa tras etapa los niños irán despegándose de la literalidad de los relatos para acceder a su sentido religioso y a la implicación en su vida.

Se trata, como el mismo matrimonio afirma, de *«algo más que un método catequético, puesto que observa y describe las etapas de la adquisición del lenguaje religioso del joven, y mues-*

¹ LAGARDE, Claude y Jacqueline, *Enseñar a decir Dios*, Herder, Barcelona, 1981, pp. 89-90.

tra cómo el sentido de este lenguaje de la Iglesia emerge progresivamente de su palabra»². Dicho de otro modo, cabría afirmar que nos encontramos ante una pedagogía religiosa específica en el modo y manera de trabajar la Biblia.

No confundamos, con todo, lo aquí propuesto con lo que tradicionalmente se conoce como *Historia Sagrada*. La Historia Sagrada, en todo caso, respondería a la primera de las etapas, la anecdótica, de este proceso de adquisición del lenguaje de la fe que posteriormente explicaremos.

Lo que aquí se propone, por tanto, puede ser utilizado en sí mismo como elemento único de la catequesis o bien como un modo de trabajar los relatos bíblicos en cualquiera de los programas de catequesis. Nuestra experiencia de su utilización en las clases de Formación Religiosa como sistema para trabajar los relatos bíblicos avala la afirmación de que lo que el matrimonio de catequistas francés presenta no excluye ni contradice las diferentes formas de trabajar en la catequesis o en la Formación Religiosa escolar.

Tras esta breve presentación, pasamos a exponer las etapas del proceso, los momentos metodológicos de cada una de las etapas, las líneas de actuación concretas que la metodología exige y la bibliografía en la que los autores presentan toda su experiencia.

Etapas de un proceso

El matrimonio Lagarde afirma que, tras varios años de investigación en los que han grabado la palabra libre de miles de niños y niñas de todas las edades una semana después de haber contado el relato bíblico, la palabra del niño se modifica siguiendo un proceso de cuatro etapas. Si no se detiene este desarrollo, al final del proceso el niño podrá acceder al sentido religioso de los textos bíblicos.

² *Ibidem*, p. 13.

1. *Palabra anecdótica*³

Desde muy pequeño, el niño comienza a balbucear el mundo que le rodea. Lo describe como una sucesión de escenas o de cosas separadas por «*y luego*», «*y después...*». El niño hace otro tanto con la Biblia, al reexpresarla como una secuencia de imágenes. A esta palabra que aparece en primer lugar llamamos *anecdótica*. *Recoge la materialidad del lenguaje* y lo vacía casi de sentido teológico, que no «*pasa*» por ser abstracto. Esta palabra se hace cada vez más objetiva y, por tanto, cada vez más exterior al niño, a medida que lo maravilloso desaparece de su boca. La Biblia es entonces percibida como una serie de historias antiguas más o menos verosímiles.

2. *Palabra clasificadora*

Si dejamos a los niños hablar, reflexionar y discutir entre ellos no se quedan en las «*historias*». En cuanto conocen varios relatos, los relacionan y comparan ciertos detalles. Muy pequeños aún, asocian formas, colores, sonidos e incluso imágenes; *al crecer, actúan clasificando*. Ponen juntos todos los relatos del desierto, o del mar, o del monte. A este primer sentido lógico, que se apodera de la materialidad bíblica, la denominamos *palabra clasificadora*. Reuniendo estos materiales, *que no los perciben aún como símbolos*, es como avanza el niño. Hace las mismas operaciones que en la escuela, lo cual le prepara para entrar en el simbolismo bíblico y sacramental. Pero no es más que una preparación. El error estaría en darle ya el significado de las cosas (desierto, mar, monte...). No lo comprendería, aun siendo capaz de retenerlo y repetirlo.

Es preciso, por supuesto, que el niño pueda hablar libremente, sin tener la obsesión de la respuesta exacta, para que pueda alcanzar una palabra clasificadora. La palabra clasificadora es importante. El niño no puede comprenderla, ya que su lógica, demasiado corta, se funda sobre el hecho de que una palabra

³ Adaptado de LAGARDE, Claude y Jacqueline, *Du jeu à la prière. Catéchèse créative 10/14 ans*, Mame, París, 1979, pp. 11-13.

tiene un único sentido: el cielo es cielo. Si se le explica su significado, se contentará con repetirlo sin comprenderlo. Para que pueda, aunque sólo sea por un momento, captar el sentido figurado, el sentido teológico, debe desarrollar un esfuerzo intenso de reflexión. Se pueden dar estos destellos fugitivos en los niños de nueve a once años, pero son esfuerzos puntuales, «*despegues de la letra*» que, en realidad, corresponden a otro tipo de palabra, a una «*densidad*» de sentido.

3. *Palabra analógica*

El niño debe ser activo para captar desde el interior las palabras e imágenes. *No comprende el sentido figurado más que en la medida en que lo fabrica él mismo.* La explicación, como método de enseñanza, evita el esfuerzo personal y deja al niño fuera de la simbología bíblica. Llamamos *palabra analógica* a las *operaciones de «despegue»* que, entre los nueve y doce años, son siempre puntuales. No hay que confundirla con las comparaciones que brotan de la palabra clasificadora.

4. *Palabra profética*

Hacia los doce años el niño adquiere nuevas posibilidades. Su referencia a la Biblia va a poder transformarse totalmente. Es el momento en el que, en catequesis, el tema religioso es esquivado por el chico, en provecho de las personas de su entorno, de las que habla a menudo, en provecho, por lo tanto, de su vida de relación. Es el momento en que puede percibirse como duración, en una historia en la que dice «yo», y no sólo como instante.

Desde este momento, *la Biblia puede ser percibida como una Palabra de Dios, que ilumina la historia personal.* Tal percepción es facilitada por la previa adquisición de la palabra *anecdótica, clasificadora y analógica.* Si la Biblia ha sido cerrada en el pasado, tendrá dificultad en venir a iluminar la vida. *Sólo la dimensión simbólica hace posible el enlace con la persona*

que está surgiendo. La adolescencia es la edad en la que se adquiere conscientemente la identidad de hombre o mujer. Es también la edad en que aparece un nuevo nivel de sentido, inseparable de la persona, y que llamamos *palabra profética*.

A diferencia de las palabras objetivas (*anecdótica* y *clasificadora*), la *palabra profética* es una opción de la persona. Esta opción es a priori. Cuando se habla a este nivel, el hombre compromete su vida a la luz de un ideal, de un polo exterior que da relieve a su existencia. La Palabra de Dios, el Señor, puede ser ese polo al que nos referimos. En este caso, la Biblia ya no se percibe como una historia del pasado, del exterior; es escuchada desde el interior. A uno le parece escuchar el eco de sí mismo cuando la medita. Referida a Jesucristo se convierte en lenguaje de oración, orientada hacia la Resurrección.

El recorrido de la Palabra, esa lenta maduración del sentido, conduce al niño a entrar en la inteligencia de la fe. Ese recorrido supone, de salida, el conocimiento de la «*letra*» bíblica. Es a partir de esa materialidad del lenguaje de la Iglesia como el niño compromete su libertad y su vida en una palabra y una acción que promueven una más profunda captación de sentido.

Mientras la maternidad puede enseñarse o descubrirse desde el exterior «*a partir de la vida*», el sentido cristiano, en cambio, pide el compromiso de la persona en la operación de búsqueda de significado, y esto desde muy pequeño. Es de este modo como el niño se une a la Biblia que se pone a vivir, a nivel de las imágenes primeramente, a nivel de sentido a continuación. Es así como nace, etapa tras etapa, la interioridad en la profesión de fe.

Momentos metodológicos

La metodología diseñada por el matrimonio Lagarde para el trabajo de los textos bíblicos consta de cuatro momentos: *información, creación, tiempo de la palabra y oración*. Estos cuatro momentos se repiten a lo largo de la pedagogía a desarrollar

entre los siete y los catorce años, si bien el modo de trabajar cambiará progresivamente conforme avance la edad.

1. Información ⁴

Enseñar relatos, oraciones o imágenes no implica que vayan a ser comprendidos. No hay equivalencia entre *informar* y *comprender*. ¡También es importante quedarse en «la historia», las palabras y las imágenes sin dar explicaciones! Esto no impide a los niños rezar con esas mismas palabras.

La información es necesaria para que pueda haber una continuación. Para el niño todo comienza por un contacto concreto con las palabras y con las imágenes. Las escucha, las ve, casi las toca, sea en su familia, en la catequesis, en la escuela o en la televisión.

Habiendo visto y oído esas «cosas», el niño las vuelve a representar con su voz y sus gestos. Comienza a expresarlas a su manera. En realidad es ahí donde vemos que no repite lo que le ha sido dicho, sino lo que ha comprendido: primero, y esencialmente, la anécdota.

No demos explicaciones al transmitir la información. Contemos el relato y quedémonos ahí por el momento. El comentario, expresado la mayoría de las veces en un nivel de lenguaje extraño para el niño, provoca un cortocircuito en el esfuerzo de búsqueda. El comentario produce, eso sí, repetición de fórmulas y de eslóganes catequísticos. La información es buena si puede ser retomada fácilmente por el niño en el nivel en el que se encuentra. No debe contener palabras difíciles, *excepto los términos teológicos que queremos hacerles familiares*. Así pues, la información es esencialmente *colorista* y *gráfica*. A veces resulta necesario reforzar la anécdota bíblica sin por ello suprimir el relieve teológico de los relatos. Los educadores lo saben muy bien: siempre es preferible contar que leer.

⁴ Adaptado de LAGARDE, Claude et Jacqueline, *Ouvrir la parole*, Le Centurion, París, 1980, pp. 98-103.

El tiempo dedicado a la información debe ser corto. Con niños de nueve años no conviene pasar de los diez minutos. Este tiempo de información puede estar seguido de preguntas hechas por los niños a las que no siempre se puede responder porque surgen de un nivel de palabra inadaptado: «*Jesús no era pobre, ¿qué hizo con el oro de los Reyes Magos?*». Responder a todas las preguntas a medida que son expresadas sería confirmar que la palabra positiva (científica) es el único nivel de sentido. Esto equivaldría a mantener al niño al exterior del lenguaje de la Iglesia y de la búsqueda de la verdad por la que pregunta. Sin embargo, ya que busca, habrá que responderle, pero sin encerrarlo en la «*respuesta correcta*». Lo deseable es invitar a los niños a buscar: es como empezar un juego.

La información produce en un primer momento la palabra anecdótica. Pero no es su único objetivo: debe, además, situar al niño en actitud de búsqueda. Los términos teológicos, las asperezas de los relatos y los episodios ilógicos son elementos que van a interpelar a los niños. A partir de los diez años el niño empezará a distinguir el relato del hecho en sí y se interrogará sobre la verosimilitud del texto y, a partir de ahí, sobre la verdad del contenido. La información resulta, por lo tanto, una fuente de interrogantes. Sitúa a los distintos grupos de niños en una disposición de búsqueda de sentido. La información acaba enfrentándoles a la anécdota e incluso termina por destruirla, al menos a partir de los nueve años.

La función informativa es capital puesto que pone al niño en movimiento. El fuego queda encendido. Se trata de no dejarlo apagar reprimiendo la curiosidad.

2. Creación

En cuanto tiene información, el niño busca expresarse. Intenta reproducirla para no perderla y para contemplarla. Cuando le gusta tal imagen o le encanta tal personaje empieza a dibujar, y es como volver a contarse a sí mismo el relato asociando inmediatamente otras imágenes y otros personajes traídos de

otros sitios. Esta actividad lúdica y afectiva es fundamental para apropiarse el lenguaje...

El niño no aprende las palabras y las imágenes quedándose pasivo. De una manera medio-corporal y medio-verbal, es decir, a través de la acción, el niño entra en el lenguaje de la Iglesia. Lo hace relacionándose e intercambiando comentarios con sus compañeros. La actividad en grupo resulta fructífera a partir de los nueve años. Raramente antes. No se insiste bastante en que el momento de la creación es un tiempo de relaciones intensas. En la preadolescencia las relaciones espontáneas se transforman en relaciones más conscientes. Las actividades son una fuente de intercambios necesarios para la construcción de la persona.

La variedad de los medios de expresión es un factor de éxito. El niño se acuerda más de la actividad que del contenido del trabajo porque su reflexión se sitúa primeramente en el nivel concreto y anecdótico. A partir de los nueve años conviene cambiar a menudo las técnicas de expresión, si no el niño cree que siempre está haciendo lo mismo y se cansa.

El trabajo creativo permite al niño entrar por completo en el lenguaje de la Iglesia y adherirse a él en el nivel inconsciente. Si más tarde el niño no sabe nada es que no se ha empapado de imágenes. No hay que dudar en tomarse tiempo para desarrollar la creatividad. A los diez años la información puede durar diez minutos, pero la creación mucho más. La actividad puede ocupar dos sesiones de trabajo en grupo. La actividad es el origen de la palabra; al surgir preguntas, la palabra avanza.

3. Tiempo de la palabra

Esta función es constante. Comienza con las preguntas que siguen a la información y prosigue a lo largo de la creación. A partir de los nueve años se puede organizar (algunos días después de la información) una sesión o debate en grupos sobre el relato bíblico escuchado. El niño es invitado a desarrollar pri-

mero una palabra anecdótica (contar la historia lo mejor posible) y luego una palabra clasificadora. Se le invita a hacer asociaciones libres: desierto-desierto, mar-mar, etc., y asociaciones con otros relatos profanos y religiosos. También se le invita a expresar ante los demás sus preguntas, sus dificultades, sus dudas, y a buscar en grupo elementos de respuesta. El adulto no interviene más que para facilitar el intercambio y para conducir a cada niño hacia una profundización de su propia reflexión. Este debate no debe sobrepasar los quince o veinte minutos de duración.

El grupo de trabajo (a partir de nueve años) es poco numeroso con el fin de que la palabra surja más fácilmente: seis niños es el número ideal. En los momentos de trabajo en gran grupo conviene mantener la estructura de los grupos para poder alternar el tiempo de la palabra entre comunicaciones de pequeño grupo y comunicación en gran grupo (puesta en común). En este tiempo de la palabra los catequistas también *«buscan» junto con los niños.*

A partir de los doce años, la palabra evalúa la vida y las relaciones humanas, no desde el nivel de las actividades, sino desde la manera de vivir las actividades. Pero esta lectura de la vida, en el que se tiene en cuenta el compromiso de las personas, resulta difícil a esta edad que todavía se mueve en la anécdota existencial. El trabajo de animación consistirá precisamente en hacer pasar a los preadolescentes desde la lectura anecdótica a la palabra profética. La técnica de la parábola se sitúa en este paso.

Este tiempo de la palabra, incluso si es corto, es esencial para el compromiso y la transformación de la persona. Hay pocos métodos catequísticos que ignoran el tiempo de creación. Pero son numerosos los que todavía no permiten desarrollar una palabra libre y responsable a partir de un lenguaje. Seguramente, esta es una de las razones por la que muchos niños dejan la catequesis a los doce años.

4. *Oración*

La palabra conduce a la oración. El tiempo de la oración es el resultado concreto de las funciones anteriores. El niño em-

plea el lenguaje de la Iglesia como —con— la comunidad cristiana. Sin este tiempo de oración, el trabajo anterior no tendrá ningún interés. Es el momento en el que se interioriza poco a poco el lenguaje de la Iglesia, la confesión de fe.

Estamos hablando aquí de la oración personal como acto litúrgico de la Iglesia en el que todo cristiano participa y une su oración privada. No la estamos tratando como una relación con Dios exclusivamente intimista y afectiva, que no tiene nada de específicamente cristiano y que, sobre todo, no introduce en la comunidad. La oración personal cristiana, la meditación y la contemplación son siempre una respuesta del orante a la Palabra de Dios. En este tiempo de oración el niño construye la Iglesia. La hace hacer. La descubre al confesar su fe porque él mismo comienza a entrar en este momento en la confesión de fe, según el nivel de la palabra en que se encuentre. Para nosotros, la oración de los niños y de los jóvenes es también un lugar pedagógico, un lugar de aprendizaje.

¿Qué ha pasado antes del tiempo de oración? El niño ha aprendido una materialidad. Incluso la ha vuelto a expresar a su manera y ha reflexionado sobre ella con otros compañeros. Ha empezado a encontrar algún sentido porque, a partir de esta materialidad, ha tenido que buscar. Ha tenido que articular una palabra a partir de una imagen o un relato. La oración es el momento en el que esa materialidad y ese sentido se unen y dan pie a una confesión de fe. Dirigirse a Dios es la síntesis de las actividades anteriores.

La celebración es la conjugación de dos acciones: el niño aporta su dibujo o su juego que le ocupó el tiempo de creación; formula sobre esta realización un sentido hallado en el tiempo de la palabra. El adulto ayuda a unir estos diversos elementos para que en la celebración aparezca un trabajo unificado.

La formulación de la oración depende del nivel de desarrollo de la palabra del niño. Con la palabra clasificadora puede elaborar una frase introducida por «*como*». Ejemplo: «*Como el ciego, Señor, haz que...*». Con la palabra analógica puede dis-

tanciarse de las imágenes y decir: «*Señor, Estrella radiante de la mañana, guíanos en medio de las tinieblas*». Una oración así puede aprenderse, y cantarse incluso, si los más pequeños no la entienden todavía. Ya la entenderán cuando tengan la palabra analógica. Para que se interesen basta con que hayan manejado y discutido las palabras e imágenes de la oración.

Así pues, la palabra analógica, ese «*despegue*» del lenguaje, se traduce por una mejor calidad de la expresión orante. Con el nacimiento del sentido, la afectividad subjetiva disminuye, pero el niño no se compromete todavía como puede hacerlo un adolescente. La palabra profética, en cambio, inscribe la oración en una historia personal y, a partir de ahí, en la de la humanidad. Es el momento en que el adolescente comienza a incorporarse en la historia del pueblo de Dios a partir de su propia experiencia. La oración se personaliza, se transforma en la expresión de alguien que la retoma hasta vivirla. El peso de la persona se sitúa ahora ante Dios en la confesión de fe.

Líneas de actuación

1. De siete a nueve años

1.1. Objetivos

- Proporcionar relatos e imágenes bíblicas (o litúrgicas).
- Hacer que cada uno de los niños/as se exprese en el grupo.
- Favorecer relaciones entre textos (al final de la etapa).
- Llegar a la oración o pequeñas celebraciones a partir de los relatos.

1.2. Tratamiento metodológico

- a) *Información*.—Contar un relato bíblico. A la hora de elegirlo tener en cuenta: que sea de un tema teológico general (Dios,

el mal...) y que tenga posibilidad de relación con otros textos (elementos comunes que favorezcan la comparación) ⁵.

- b) *Creación*.—Dibujar a partir del relato, escribir algunas palabras debajo o al lado de los dibujos, pegar imágenes recordadas de libros, etc. Se pretende la maduración del relato.
- c) *Tiempo de la palabra*.—Después de unos días se les invita a los niños/as a reconstruir el texto lo más fielmente posible verbalizando las imágenes dibujadas y asociándolas libremente a lo que quieran. El objetivo es abrir a la reflexión la palabra del niño.

NOTA. Al hablar, los niños desarrollan una capacidad de la que tendrán necesidad en los cursos posteriores para desprenderse del realismo religioso. Los niños manipulan los relatos y las imágenes. Trabajan con la vista y el oído y hacen todas las relaciones que quieren, incluso a base de imágenes y situaciones que nos pueden parecer muy alejadas de la religión. Además, el niño se expresa más que comunicarse; pone en orden su cabeza, muchas veces sin escuchar al vecino y diciendo cosas que ya han dicho otros.

- d) *Oración*.—La oración (canto, frase repetida, intervenciones espontáneas...) debe basarse en el relato bíblico trabajado.

1.3. El animador

Su finalidad es favorecer la expresión por la palabra del niño, procurando no inculcarles sus ideas, por buenas que sean. Debe ser consciente de que la respuesta correcta no existe, de-

⁵ Para saber qué textos bíblicos se pueden utilizar en cada una de las edades y cómo trabajarlos, el matrimonio Lagarde presenta una propuesta en sus libros: *Catéchèse biblique symbolique, I y II*, Le Centurion, París, 1983, 1985.

Existe también otra programación de los textos a trabajar según edades y del modo de trabajarlos en los libros de Formación Religiosa Escolar de la Editorial Bruño: Semilla 1, Semilla 2, Espiga 3, Espiga 4, Espiga 5.

La misma Editorial Bruño mantiene este mismo planteamiento de trabajar los relatos bíblicos en sus nuevos libros de Formación Religiosa que está publicando teniendo en cuenta las directrices de la Reforma. En este momento existen ya en el mercado: Manantial 1 y Manantial 2, correspondientes al Primer Ciclo de Primaria. En breve saldrán a la luz los correspondientes al Segundo Ciclo de Primaria, y, sucesivamente, los siguientes.

jándoles que se expresen libremente. Al final del período debe ayudarles a que empiecen a relacionar relatos.

2. *De nueve a once años*

2.1. **Objetivos**

- Proporcionar grandes secuencias bíblicas.
- Hacer que el niño/a se exprese en grupo.
- Hacer que establezcan relaciones entre los relatos.
- Hacer que practiquen la plegaría espontánea (a partir de la Biblia).

2.2. **Tratamiento metodológico**

- a) *Información.*—Ofrecer varios relatos bíblicos.
- b) *Creación.*—Abarcaría varias sesiones para, por grupos, tratar de reelaborar la información. Esta reelaboración se realiza a dos niveles:
 - La preparación de algún juego u otra actividad.
 - El desarrollo del juego o actividad propuesta.
- c) *Tiempo de la palabra.*—La siguiente sesión, que, a veces también se desarrolla mientras se juega, pretende encontrar los elementos comunes, explicar el sentido del juego...

NOTA. Al final de la etapa el niño debe captar que muchos relatos tienen un «código secreto»; éste invita al niño a despegarse de la letra y a hacer un esfuerzo por captar el sentido. Después de adquirida esta capacidad, una tarea importante es que él cree un relato al que debe conferir un «código secreto» nuevo.

- d) *Oración.*—La oración (escrita por cada chico/a, oral o construida por el animador a partir de las intervenciones del Tiempo de la Palabra) debe basarse en el relato bíblico.

2.3. El animador

Ha de tener en cuenta que con el niño no se puede razonar como con un adulto (no es un «pequeño adulto»). Debe fijarse siempre en la imagen que utiliza y desarrollarla. Muchas veces irá «a contrapelo» en lugar de dar la respuesta. Trata de sorprender al niño en su punto flaco, haciendo que critique su realismo. Al acercarse a los doce años, ha de esforzarse por hacer dejar la imagen y apoyar un esfuerzo de abstracción. El niño debe poder decirse: *«detrás de la imagen hay una realidad que el relato debe presentar»*.

3. De once a catorce años

El YO abandona su aureola imaginaria. La vida de relación es su principal preocupación. Constantemente se compara con los demás y empieza a situarse como individuo específico. Se gradúa en su memoria y su pasado es menos puntual: entra en la dimensión del tiempo y de la historia.

Hay que favorecer el paso de un lenguaje impersonal a un lenguaje personal en el lenguaje religioso, y ayudar a pasar de una religión formal y repetitiva a un lenguaje que tenga sentido para él: lenguaje simbólico.

Lo esencial es crear un grupo en el cual uno pueda trabajar. Cada uno puede conocer sus límites y posibilidades. El grupo va creando (hablando) su propia historia.

Después proponemos que los jóvenes hablen de Dios, lo evoken, lo invoquen y lo celebren con ocasión de su vida en grupo.

3.1. Objetivos

- Descubrir el sentido religioso del relato bíblico.
- Llegar al despegue de la anécdota y la forma.
- Emplear el juego como método.

- Hacer que practiquen la oración a partir del sentido religioso que han descubierto en los relatos.

3.2. Tratamiento metodológico

- a) *Información.*—Contar el/los relato/s bíblicos. Algunos temas exigen que se ponga a disposición de los muchachos/as material informativo complementario.
- b) *Creación.*—Preparación de los materiales necesarios para el juego que se propone. Desarrollo del juego siguiendo las reglas que el animador indica. El juego permite apropiarse mejor de los relatos facilitando así el descubrimiento progresivo del sentido religioso.
- c) *Tiempo de la Palabra.*—Los chicos/as comentan todo lo que han descubierto mientras jugaban. El animador favorece la profundización con sus preguntas para que busquen el sentido de los elementos chocantes del/os relato/s y se despeguen del sentido literal para llegar al sentido religioso.
- d) *Oración-celebración.*—Los pasos anteriores no tienen como único objetivo descubrir verdades religiosas «acumulables». Lo importante es que esas verdades religiosas descubiertas a través del juego sitúen al chico/a en el ámbito de la fe. La oración es la expresión de la experiencia de fe, por ello debe basarse en la interpretación religiosa del/os relato/s bíblicos a la que han llegado en el Tiempo de la Palabra.

3.3. El animador

Debe tener en cuenta que el objetivo final no es que los chicos/as lleguen a descubrir TODO el sentido de un relato. Esto no sería posible y llevaría a la frustración. Lo importante es llegar a desprenderse del relato anecdótico o literal y adentrarse en la experiencia de fe que «vive» detrás de las palabras. Las preguntas del animador orientan esa búsqueda y ayudan a in-

tuir a través del juego y el Tiempo de la Palabra que la presencia de Dios entre los hombres es una verdad. La oración expresa esta intuición-certeza.

Bibliografía

1. Traducida al castellano

LAGARDE, Claude y Jacqueline:

- *Enseñar a decir Dios*, Herder, Barcelona, 1981.
- *El Antiguo Testamento contado a los niños*, SM, Madrid, 1981.
- *Jesucristo contado a los niños*, SM, Madrid 1981.
- *Animar un equipo de catequesis I*, PPC, Madrid, 1986.
- *El adolescente y la fe de la Iglesia. Animar un equipo de catequesis II*, PPC, Madrid 1990.
- *La fe de los comienzos*, CCS, Madrid, 1989.

2. En francés

LAGARDE, Claude y Jacqueline:

- *Du jeu à la prière*, Mame, París, 1979.
- *Ouvrir la parole*, Centurion, París, 1990.
- *Catéchèse biblique symbolique, Séquences, 1*, Centurion, París 1983.
- *Jérémie messe de minuit*, Mame, París, 1982.
- *Ezéchiél pardon du ciel*, Mame, París, 1983.
- *Elie, Elisée racontés aux enfants*, Mame, 1984.
- *Catéchèse biblique symbolique, Séquences 2*, Centurion, París, 1985.
- *La prière de Noël*, Mame, París, 1986.
- *Pour raconter l'Évangélie dans l'homélie et la catéchèse*, Centurion, París, 1991.
- *Comprendre la messe avec la Bible*, Mame, París, 1991.
- *Au nom des pères. Exégèse et catéchèse aujourd'hui*, Mame, París, 1992.